iglesia y la sensibilidad filipinas pueden añadir en muchos casos matices y modos de aplicación que hagan más flexibles los principios.

El capítulo cuarto de la segunda parte se ocupa de la persona humana, la conciencia, el pecado, la ley moral, y las virtudes. La persona es entendida aquí en su dimensión relacional y no como sustancia, lo cual coincide con los planteamientos generales de la filosofía y los análisis personalistas. La exposición insiste en los aspectos filosóficos y en las particularidades del vocabulario filipino, y evita entrar, más o menos a fondo, en los temas que plantea a la moral y a la ley una conciencia libre, aunque no sea autónoma en sentido kantiano. En este capítulo se emplea mucho el término «holístico», y no siempre se detienen sus autores en sus consecuencias concretas.

El capítulo quinto gira en torno a cuestiones relacionadas con la vida y la familia. Los autores indican cómo la discusión de los teólogos filipinos ha tomado la encíclica *Humanae Vitae* (1968), como punto de referencia, y que la reflexión que se lleva a

cabo en Filipinas depende mucho de los enfoques y los acentos que son propios del mundo occidental, de modo que podría faltar algo de originalidad.

Los temas sociopolíticos y económicos, de que se ocupa el capítulo sexto, encierran gran importancia en la sociedad filipina, que es una sociedad relativamente pacífica, con serios problemas que exigen soluciones justas. Destacan entre ellos la pobreza, la corrupción, la violación de los derechos humanos, la violencia y el abuso de la naturaleza. Los autores se basan sobre todo en documentos recientes de la Iglesia y en declaraciones de la jerarquía filipina. Al apoyarse en los documentos episcopales de los últimos años, los autores descienden a detalles, que indican el estancamiento político del país y las dificultades cara al futuro.

Esta monografía de Eugene Salgado y José Alviar no sólo muestra una realidad teológica, sino que dado que la teología tiene siempre que ver con la vida, no esconde un porvenir de luces y sombras para el único país católico de Asia.

José MORALES

Carl A. ANDERSON y José GRANADOS, *Llamados al amor. Teología del cuerpo en Juan Pablo II*, Burgos: Monte Carmelo, 2011, 198 pp., 15 x 21, ISBN 978-84-8353-373-4.

Con este trabajo, traducido del original inglés (2009), tanto C. Anderson como J. Granados, nos ofrecen una nueva y fructífera aproximación a la teología del cuerpo de Juan Pablo II. Como afirma L. Melina en el prólogo, «para valorar adecuadamente el cuerpo hay que cultivar una mirada contemplativa capaz de percibir su misterio en relación con la persona y con su vocación al amor, que encuentra luz definitiva y plenitud en Cristo Resucitado» (p.

XII). Pues bien, esta mirada se articula principalmente gracias a las grandes catequesis de Juan Pablo II sobre el amor humano, poniéndolas en relación con la obra poética de K. Wojtyła y la teología del amor de Benedicto XVI.

El propósito principal del libro es explicar la unión entre la experiencia humana del amor y la revelación cristiana. Porque el amor es el camino del hombre, y la misión de la Iglesia consiste en manifestar

al mundo la verdad del amor. Sin embargo, se ha hablado y se habla tanto del amor que hemos perdido la esencia de su significado. ¿Qué es el amor? Y todavía más, ¿cuál es la relación entre amor y cristianismo?, ¿qué verdad sobre el amor nos revela la fe?

La primera parte del libro, «El amor, revelado en el cuerpo», examina cómo se revela el amor, abre al hombre un camino y le invita a seguirlo. En la segunda, «La redención del corazón», se analizan las dificultades que salen al paso en el camino del amor, para encontrar la fuerza que las supera en el amor revelado por Cristo. Por último, la tercera parte, «La belleza del amor: el esplendor del cuerpo», afirma que el amor de Jesús permite amar como Él y, así, llevar a su meta el camino del hombre. Por esta senda, tanto en el matrimonio como en la virginidad, se llega a la plenitud final, la vida eterna en la carne resucitada. A la vez, esta esperanza permite construir la ciudad terrena según la civilización del amor.

Para comprender esta atmósfera de amor o «erósfera» —como dice Guitton— en la que se desarrolla la vida de la persona, el Dios Trinidad es Amor y la existencia humana es una llamada al amor, los

autores penetran con hondura en la comprensión del don. El ser de cada persona es un don de Dios; consecuencia de esto, es que uno puede darse a otro. Además la metafísica del don exige que sea aceptado, pero la aceptación por el otro también implica una cierta donación. En este sentido, esta relación aúna el amor de Dios y el amor de las personas entre sí: podemos amar a la otra persona sobre la base del ser amados por Dios. Esta comprensión del don, dando un paso adelante, lleva a explicar el ser de la persona como amor filial (aceptación del don de la vida de Dios Padre) que se desarrolla y madura como amor esponsal (entrega y donación a otra persona). Toda esta realidad tiene su lugar de encuentro en el cuerpo, signo y expresión del ser personal.

En definitiva, podemos felicitar a los autores de este trabajo porque han sabido exponer el pensamiento de Juan Pablo II para ilustrar temas claves en la existencia humana y cristiana actual sobre el amor, la sexualidad y la familia como comunión con la Trinidad.

Pablo MARTI

Marie-Dominique GOUTIERRE, *Dieu est lumière, Dieu est amour. Lecture théologique de la première épître de saint Jean*, Paris: Parole et silence, 2012, 196 pp., 15 x 23,5, ISBN 978-2-8891-8042-4.

«Dios es luz», «Dios es amor»: dos afirmaciones centrales de la revelación cristiana que se encuentran en la Primera Carta de San Juan, y que son el sustrato sobre el que se apoya la presente obra de Marie-Dominique Goutierre, miembro de la *Communauté de Saint-Jean* fundada por el P. Marie-Dominique Philippe en 1975. Precisamente la familia religiosa de Goutierre es una clave de comprensión necesaria para entender

esta obra que, sin presentarse como tal explícitamente, tiene algo de homenaje a la figura del P. Philippe, fallecido en 2006.

La figura de san Juan Evangelista era clave para el P. Philippe, y los escritos joánicos eran para él fuente permanente de inspiración. Junto a san Juan, el P. Philippe tenía otros dos maestros: Aristóteles y santo Tomás. No es de extrañar por ello que los autores más citados en esta obra sean,